

donar la religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á exponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Virgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y cajas para la redencion, echa en ellas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con ella conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. « Las piadosas leyes de España anulan los testamentos en que no se deje alguna limosna para la redencion y para la casa santa de Jerusalem, que tambien se debe considerar en cierta especie de cautiverio. Con ninguna otra necesidad se practica semejante demostracion; señal cierta de que nuestros religiosos legisladores reputaron esta por la mayor y por la mas urgente. No te contentes, como lo hacen tantos, con dejar señalada una misma cantidad para cumplir con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla que observarla. Confórmate con su espíritu mas que con su letra, y cuando estés para comparecer delante de tu Redentor, acredita en tu última disposicion que quieres imitarle seriamente en el oficio de tal. »

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fué san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del país. Obtenia su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion; pero mucho mas los arrebataron las nuevas, pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermón, le suplicaron se sirviese ir á su casa para explicarles á ellos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto; pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirles

el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y le dió esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria ese gusto, y que solicitaria que le fuese á ver el obispo. Con efecto, siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas á ejemplo de Firmo, Fausto, Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacer mas capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazón solo contaba diez años de edad, y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. A favor de tan noble maestro, de su excelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo rápidos y maravillosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques no permitian á san Honesto ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y mani-

festándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus raras prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando la resistencia de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas por la gracia del Señor, ve inmediatamente á cuidar de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confió en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á desempeñar las funciones de su estadò, y desde que se dejó ver en el púlpito conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatria, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los idolos, y fué tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el pais de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su amor. Ordenó suficiente número de presbíteros para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de

Cristo : *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Galias, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion que, á manera de un fuego violento y arrebatado, se iba extendiendo por todas las Galias. Salió de Agen y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió; y habiéndolos instruido, les confirió el bautismo : conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á emprender nuevos trabajos con estas conquistas, se transfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, oprimido

de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en continuo peligro de la vida, nada fué bastante para poner limites á su fervor y á su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de otras muchas.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en Beauvais con extraordinaria crueldad, voló allá inmediatamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano; y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su orden en una horrosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion, y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Países Bajos con el mismo zelo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que

predicó, convirtió tres mil personas. No contribuían poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicación. No habia resistencia á las palabras del apóstol. Los ídolos caían y se hacían pedazos á sus piés: los demonios dejaban los cuerpos que poseían solo con ponerse delante de san Fermin: no habia enfermedad que al instante no curase invocando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenían por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia, á quien algunos llaman Juliano, lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros; á que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y Redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta elocuencia y con tanta majestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oía, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la religion; de lo que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que le echasen mano, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro santo, revelándole que presto recibiría el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió; porque al dia siguiente el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, lo que aconteció el dia 25 de setiembre, en que se celebra su fiesta.

Cierto señor, por nombre Faustino, á quien el santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos á rogar incesantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia durante los tres dias, pasándolos dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercero dia antes de amanecer vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caía perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando en el hoyo, exhalaba un maravilloso olor, que llenó toda la iglesia de una suavísima fragancia, la cual crecia conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia sido escondido seis siglos antes. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la realidad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens que, habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa

reliquia fué la de San Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« No debe hacer dificultad al lector que san Saturnino hubiese convertido en su primer sermón dentro de la ciudad de Pamplona no menos que cuarenta mil personas. Hoy es ciudad reducida; pero consta de todos nuestros historiadores, que entonces era una de las mayores poblaciones de España, estando tan reciente su fundacion por Pompeyo, que solo contaba un poco mas de dos siglos. »

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Firmini martyris tui, atque Pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut ejus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría en la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Fermín; concédenos la gracia de que, cuando festejamos su nacimiento en el cielo, gocemos de su protección en la tierra. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Omnis enim qui cumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. Quomodo ergo invocabunt, in quem non crediderunt? Aut quomodo credent ei, quem non audierunt? Quomodo autem audient

Hermanos: Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo invocarán á aquel en quien no creyeron? ¿ó cómo creerán á aquel de quien nada han oído? ¿y cómo oirán sin que haya quien

sine prædicante? Quomodo verò prædicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est: Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona! predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ¿Cuán hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan la bienaventuranza!

NOTA.

« Habiendo supuesto san Pablo y declarado expresamente que Jesucristo murió por todos los hombres, sin exceptuar uno solo, desde Adán hasta el último de los mortales, y que Dios quiere salvarlos á todos, se hace á sí mismo esta objecion: Si para salvarse es necesario creer en Jesucristo, ¿cómo se podrán salvar aquellos á quienes nunca se predicó? Responde que la fe se predicó en todo el mundo; pero segun Isaias no todo el mundo se mostró dócil á la voz del predicador. »

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Atribúyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que comunmente nos consigue la salvacion. Ella es el primer fruto de la fe, el instrumento ordinario de que se sirve la esperanza, y como el principio connatural que produce á la caridad. Por eso es el ejercicio casi continuo de la religion. Al mismo tiempo que honra al Señor rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, humilla tambien al hombre, siendo como un práctico reconocimiento y una sencilla confesion de su insuficiencia y de sus miserias, y le alcanza presto los auxilios de que tiene necesidad.

¿Cómo oirán, si no hay quien les predique? Estas palabras produjeron en todos los siglos dentro de la Iglesia católica zelosos misioneros que se arrancaron

del seno de su patria para llevar la luz del Evangelio à diferentes naciones, acreditando despues su valor y la felicidad de sus empresas, que eran enviados del mismo Dios, y que el mismo Señor que los enviaba, disponia el terreno donde queria que sembrasen el grano de la divina palabra. ¡Oh, y qué diferencia hay entre los ministros de Jesucristo, y los de aquellas sectas que formó el error! Todas aquellas que se caracterizan y se distinguen por el espíritu del error y de la parcialidad, no muestran otro zelo que el de engrosar su partido y seducir à los hijos de la Iglesia. Díganos, sino, ¿qué zelo han manifestado de atravesar los mares para buscar entre los montes y entre los salvajes tantas pobres reses descaaminadas como andan errantes fuera del redil? Siempre muy solícitos por esparcir sus errores en aquellos países donde se encuentran todas las comodidades de la vida, y donde ellos hallan abundantemente cuanto han menester para satisfacer sus conveniencias personales; nunca fueron objeto de su zelo, ni los iroqueses, ni el Japon, ni el Canadá. Sin duda que, para tranquilizar su falta de caridad cristiana en este particular, se quiso persuadir la mayor parte de los herejes que Jesucristo no habia muerto por la salvacion de todos los hombres, y consiguientemente que seria ocioso fatigarse en ir à predicar à los bárbaros la fe de Jesucristo. Pero los apóstoles, todos los hombres apostólicos y todos los verdaderos hijos de la Iglesia, persuadidos de que Jesucristo redimió con su preciosa sangre las almas de todos los hombres, no hicieron distincion entre el judío y el gentil, entre el europeo y el africano, entre el escita y el cafre. Ni la barbaridad de los pueblos, ni las horrorosas incomodidades del país, ni la falta universal de todas las conveniencias de la vida, fueron bastantes para entibiar el zelo animado del espíritu de Dios. Esta fué

siempre la caridad de los verdaderos hijos de la Iglesia. El falso zelo, ó, por mejor decir, la pasion de todos los herejes, nunca se explicó sino en morder, en desacreditar y en perseguir à todos los que no siguen su partido. La indiferencia con que todas las sectas estuvieron viendo al bárbaro y al idólatra vivir y morir en sus tinieblas, es una prueba de que ninguna de ellas fué aquella verdadera Iglesia universal, única esposa de Jesucristo.

¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian la paz! Parecen tan bellos à los ojos de Jesucristo, dice Origenes, los piés de los hombres apostólicos, que él mismo los quiso lavar. La pureza que conservan caminando entre la inmundicia del siglo, las continuas fatigas de sus zelosas excursiones, la velocidad con que corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos ángeles de la tierra parece con efecto tienen alas en los piés como aquellos ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado son lo que mas aflige à los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan à Dios. *Non omnes obediunt Evangelio.* Así como hay muchos cristianos que no obedecen al Evangelio despues de haberle creído, asi tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos despues de haberle oído.

El evangelio es del cap. 16 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos autem contris-

En aquel tiempo, dijo Jesus à sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará. vosotros os con-

tabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

tristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

DE LAS CONCURRENCIAS MUNDANAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia, que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, ostenta y desarrolla el mismo mundo todo lo que tiene mas atractivo y engañoso; donde todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son estas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en ellas su papel, y entre los que asisten, pocos dejan de ser asunto á la burla de los demás. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lastima y la diversion del concurso. Allí la disimulacion se llama buena crianza á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian; y estas concurrencias son una verdadera comedia de la cual sale cada uno muy satisfecho de sí mismo, y muy poco de los demás. En ellas reina cierta esmerada profanidad que cada dia

se hace mas contagiosa; cierto refinamiento de diversiones muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el ejemplo, y un aire de esparcimiento que engaña con su aparente alegría. En ellas reinan las máximas del mundo tan contrarias á las máximas de Jesucristo; y en ellas se insinúan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen. ¡Buen Dios, qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza porque todo se presenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perezce solo á violencia de un recio temporal. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos: es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perezce sin estruendo. ¡Con todo eso ninguno desconfia de semejantes concurrencias! En ellas preside el espíritu del mundo, y en ellas intima todas sus máximas como otras tantas leyes. Por mas que sean duras, por mas que aprisionen la libertad, por mas que sean impías, no es licito contradecirlas. Parece que es el mundo como el idolo de todo aquel concurso. A este idolo van cada dia algunas cristianas á sacrificar sus inocentes hijas: á esta escuela las llevan ellas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones: ¡y despues nos admiraremos de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! A estas concurrencias mundanas se debe el que se perpétúe el espíritu del mundo, la relajacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas son manantial de muchos desórdenes, y, digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el día de hoy tan pocas virtudes cristianas en el mundo; que en todo reine la ostentacion, la profanidad y una general corrupcion de costumbres; pero ¿qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos ejemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gracia habian abierto los ojos á esa persona mundana que tenia necesidad de convertirse. Comenzaba á descubrir con provechoso arrepentimiento la inutilidad y el peligro de aquellos pasatiempos á que antes habia tomado tanto gusto. Atemorizada, desengañada y movida miraba con horror sus descaminos, y estaba resuelta á reformarse, cuando, fiándose demasiadamente de su corazon, se volvió á meter de nuevo en el peligro. Luego que volvió á dejarse ver en aquellas insidiosas concurrencias, volvió tambien á ganar el mundo todo lo que habia perdido. Presto volvieron á apoderarse del alma los sentidos de acuerdo con el corazon: en un momento se desvanecieron todas aquellas bellas esperanzas, y volvieron á estrecharse mas aquellos fatales grillos que se habian hecho pedazos con tanta facilidad. Entró en ellas casi del todo convertida, salió con cierta especie de enfado contra sí misma por haber pensado en su conversion: siente haberse dejado mover, y agradece muy poco á su corazon el haber sido tan dócil á las impresiones de la gracia. Este es el ordinario efecto de aquellas fun-

ciones, de aquellas visitas y de aquellas conversaciones de las cuales nunca se sale tan inocente como se entró. Fórmanse por lo comun estas juntas de diversion en las quintas ó casas de campo durante la apacible estacion del otoño, donde ya se sabe que se vive con mas libertad ó con menos sujecion: pero esta misma libertad degenera presto en licencia y disolucion. ¡ Buen Dios, qué tristes ocasiones de recaidas y de desórdenes son estas visitas de bulla, de confianza y de buena amistad; esos juegos para pasar el tiempo, y esos paseos libres, alegres, nada circunspectos!

¡ O Dios, que por vuestra infinita misericordia me disteis luz y tiempo para hacer unas reflexiones tan verdaderas y tan sólidas, dadme gracia para que me sean igualmente provechosas! A muchos hace llorar ahora en el infierno la funesta experiencia de todos estos peligros: no permitais sea yo del número de estos infelices, y haced que en adelante evite los mismos riesgos.

JACULATORIAS.

Protexisti me à conventu malignantium. Salm. 63.

Librásteme, Señor, muchas veces de estas peligrosas concurrencias: continuadme vuestra proteccion para librarme siempre de ellas.

Odivi ecclesiam malignantium: et cum impiis non sedebo. Salm. 25.

Aborreci las concurrencias de los mundanos, y propuse firmemente no asistir jamás á ellas.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas engañosa que las concurrencias mundanas: en ellas todo brilla, todo halaga y todo se presenta risueño. Reina en ellas la cortesania, y cierta urbanidad culta y refinada gana el corazon: los gratos, airosos y atentos modales, que afectan